

"UN HOMBRE PARA UNA MUJER ÚNICA" DE ZAKARIYYĀ TĀMIR

Mercedes ARAGÓN HUERTA
Universidad de Cádiz

La colección de cuentos más reciente del escritor sirio Zakariyyā Tāmir, publicada en febrero del año 2000, *Las uvas agraces (al-Hiṣrim, 2000)*¹, agrupa un total de cincuenta y nueve cuentos concebidos, a nuestro modo de ver y en alusión al título, como si de gajos de uva se tratara: cada relato participa en el racimo como un ente individual, pero que, unido a los demás, conforman un todo indivisible: una colección cuya unidad la proporciona un espacio muy concreto y delimitado, los barrios tradicionales y populares de cualquier ciudad árabe, núcleos que condiciona la idiosincrasia de un pueblo, y que en esta ocasión se ejemplifica en un barrio al que el autor le da el extraño nombre de *Quwayq*².

En esta colección reaparecen de nuevo unos arquetipos que dan expresión a los modelos sociales y culturales conservadores. De ahí que las "uvas" a las que alude el título sean "agraces", es decir, el escritor toca, una vez más y de modo punzante, temas que pueden resultar "ácidos" y molestos, e incluso indigestos...

Ibrahim Muhawi traduce al inglés³ siete cuentos de *Las uvas agraces* ("Night Singer", "Grey Day", "Round One", "Day and Night", "Silent Ones", "Another Home" y "Smash-up"⁴), haciéndose eco del peculiar ritmo narrativo "tāmiriano", de la lucidez de su estilo y de la complejidad de su tono satírico.

En esta ocasión, hemos elegido -para ofrecer su traducción- un cuento, "Un hombre para una mujer única" ("*Raʿyul li-mra'a wāhida*", págs. 63-67), en el que Zakariyyā Tāmir retoma, una vez más, el tema de la liberación y de la sexualidad femeninas, pero desde una óptica aparentemente nueva.

El tema de la opresión femenina ha venido preocupando y preocupa a Tāmir.

¹ Zakariyyā Tāmir, *al-Hiṣrim. Qiṣaṣ*, Beirut: Riad El-Rayyes Books, 2000.

² El nombre del barrio recuerda al topónimo de un río estacional sirio, al-Quwayq, de 110 Km., que nace en Turquía y pasa por Alepo.

³ Zakariyyā Tāmir, "Seven Short Stories", Tr. Ibrahim Muhawi, *Banipal*, 6 (otoño, 1999) 8-11. Aparecerá, además, en breve nuestra traducción al español del cuento que abre la colección, "La pelea" ("*al-Muhāraṣa*", págs. 13-18), en el homenaje que se le rinde en Sevilla a la profesora M^a Eugenia Gálvez, y que titulamos "«La pelea», el inicio de una nueva colección de Zakariyyā Tāmir".

⁴ "Night Singer": "El cantante de la noche" ("*Muḡannī l-layl*", Tāmir, 2000, págs. 25-28); "Grey Day": "Un día gris" ("*Yawm aṣḥab*", Tāmir, 2000, págs. 29-30); "Round One": "La primera vuelta" ("*al-ʿawla al-ūla*", Tāmir, 2000, págs. 37-38); "Day and Night": "Día y noche" ("*Nahār wa-layl*", Tāmir, 2000, págs. 39-43); "Silent Ones": "Los que callan" ("*Sāmītūn*", Tāmir, 2000, pág. 75); "Another Home": "Otra casa" ("*Bayt ājar*", Tāmir, 2000, pág. 95); "Smash-up": "Las ruinas" ("*al-Hutām*", Tāmir, 2000, págs. 113-114).

En otras colecciones precedentes⁵ exponía el concepto de mujer que tienen los hombres -como un ser maligno o un objeto sexual-, para denunciarlo y, a la postre, modificarlo en la conciencia de sus lectores. Tāmīr se preocupaba por sus anhelos, sus pasiones secretas, sus aspiraciones; incluso rebuscaba en los entresijos de su mente, donde la mujer guardaba la imagen del hombre deseado. Pero los horizontes de la mujer se limitaban, en la mayoría de los casos, al deseo de tener una familia y un hogar, conformándose con cualquier hombre que quisiera casarse con ella.

En este terreno de las relaciones familiares, Tāmīr se refería de forma especial a la relación de la mujer con tres hombres: el padre, el hermano y el marido.

a) Relación hija-padre: Las jóvenes eran siempre objeto de la severidad paterna. En la mayoría de los cuentos de Tāmīr, el padre veía a su hija como un ser que puede deshonorar a la familia y al que había de vigilar estrechamente para que no se desviara, pues la joven podía llegar a ser un gran negocio en el momento de casarla. De ahí que algunos personajes femeninos se comportaran como verdaderas heroínas que, aun conscientes del peligro que les acechaba, optaron por liberarse del yugo paterno huyendo de casa.

b) Relación hermana-hermano: Desde la infancia, el varón se sentía en la obligación de velar por la integridad física y moral de sus hermanas, y era capaz de enfrentarse a cualquiera -e incluso morir- por defender a su hermana y para conservar su propio honor y el de la familia. Si una hermana se desviaba en su conducta o si algún hombre se acercaba a ella sin fines matrimoniales, el varón debía vengar y restituir la dignidad perdida mediante el derramamiento de sangre, como denuncia Tāmīr de forma continuada.

c) Relación esposa-esposo: Por lo que a la institución del matrimonio se refiere, advertimos en los relatos de Tāmīr el papel decisivo que desempeñaba la familia, y en especial el padre, quien elegía el marido para sus hijas. El nivel social era un factor clave para elegir al esposo. Por ello, un joven pobre no podía aspirar a la hija de una familia acomodada, aunque ésta le amara e intentara rebelarse contra el designio paterno. Cuando la familia de la joven la entregaba a su marido, debía estar segura de su virginidad. Y por ello, el escritor recoge en alguna ocasión el rito atávico de la sábana manchada de sangre, que la madre muestra orgullosa a los invitados a la boda una vez consumado el matrimonio. Ya casada, la mujer había de ser sumisa con su marido, que adoptaba el papel del padre y que había de demostrar un absoluto dominio sobre ella. Esta situación no era fácil para la esposa, que veía cómo sus días transcurrían en la más pura monotonía: ama de casa de día y esposa dócil de noche, sin poder sentir el más mínimo placer sexual con un hombre al que, en la mayoría de los casos, no

⁵ Datos extraídos de la Tesis Doctoral, defendida en la Universidad de Sevilla, que dedicamos a las colecciones que el escritor publicó antes de su exilio a Europa y que, con el título de *La narrativa breve para adultos del escritor sirio Zakariyyā Tāmīr (1960-1979)*, está actualmente en proceso de edición bajo la forma de libro electrónico en el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

amaba. Pero, el marido tampoco era feliz en el seno de este tipo de hogar tradicional. Por un lado, Tāmīr recoge la postura de la mujer que utiliza un arma poderosa contra él: valerse del sexo para su propio beneficio y como medio de hacerle chantaje. Por otro, describe la frustración del esposo, que queda relegado a un segundo plano e ignorado cuando llegan los hijos, a los que la mujer se entrega en cuerpo y alma, siendo a partir de entonces el motor de su vida.

En cuanto a la sexualidad femenina, podemos decir que, aunque consciente de que los convencionalismos sociales impiden el trato natural entre los dos sexos⁶, el escritor ha venido equiparando a la mujer con el hombre sin hacer distinciones y defendiendo su igualdad, y así quiere transmitírselo a sus lectores. En el aspecto concreto de la sexualidad, ha tratado este tema en su obra desde varios puntos de vista: desde el despertar a los impulsos carnales, la masturbación, el amor -sentimiento poco frecuente en su mundo narrativo-, el deseo, el erotismo, hasta los aspectos más negativos como son la prostitución y la violación. Pero, sobre todo, resalta el placer y la consumación del acto sexual. Un escritor preocupado por el tema del sexo no puede quedar indiferente ante el sentimiento del placer sexual. Preocupado por denunciar los aspectos negativos de su sociedad y, sobre todo, por conseguir que sus lectores aprendan a superarlos, suele presentar el acto sexual como algo natural, gozoso, para los dos miembros de la pareja, intentando superar la norma social y moral vigente por la que la mujer, dentro del matrimonio, sólo sirve para procrear y no para sentir. Para conseguir este fin, el escritor se sirve de escenas eróticas expresadas con delicadeza, sensualidad y con un lenguaje poético, capaz de transmitir calor, sentimiento y sensibilidad, que a menudo se desarrollan en un contexto extramatrimonial. No obstante, esos convencionalismos sociales, a los que nos hemos referido, favorecen en los cuentos de Tāmīr amores furtivos y prohibidos, que provocan cierta reticencia en la mujer.

Más arriba anunciábamos que en este cuento Zakariyyā Tāmīr trataba desde "una óptica aparentemente nueva" el tema de la mujer. La protagonista del cuento, Sāmiya, a diferencia de otras heroínas "tāmirianas" es instruida, acomodada -económicamente hablando-, joven, bellísima y, lo más importante, independiente. Pero carece de algo fundamental, que le atormenta y le provoca insomnio, indignación y amargura ("banderas negras que ondeaban sobre su vida"): el amor de un hombre. Nos encontramos ante una postura novedosa: una mujer decidida a ser ella la que elija al hombre que entre en su vida. Pero, ¿por qué hemos considerado esta postura nueva como "aparente"? ¿Por qué no puede encontrar a un hombre? Porque el cuento se halla en un momento de transición entre la tradición y la modernidad; entre una mujer que está evolucionando y un hombre

⁶ M. Villegas señalaba el fondo temático de los cuentos de Zakariyyā Tāmīr como "básicamente sexual (o más bien erótico)" (véase Tāmīr, *El día que no es hoy*, Tr. Marcelino Villegas, Madrid: IHAC, 1978, pág. 9). El sexo es una de las grandes preocupaciones del escritor sirio. En sociedades represivas y puritanas, el sexo se convierte en algo prohibido, deseado, misterioso. Y a veces genera conductas que se desvían de la normalidad.

que aún no está preparado para el cambio. Con este telón de fondo, el relato se vertebra sacando a la luz los siguientes elementos:

-La soledad de Sāmiya se explica precisamente por ser una mujer inteligente e instruida en una sociedad en la que hasta ese momento era el hombre el que regía su destino y que imponía sus criterios, quedando la mujer -tradicionalmente sumisa y analfabeta- relegada a un segundo plano y a un contexto únicamente familiar. Pero con el rápido resurgir de este nuevo tipo de mujer, el hombre no ha tenido aún tiempo de adaptarse y lo primero que le inspira es miedo. Para expresarlo, Tāmir compara al hombre con un pececillo que teme ser engullido por una ballena.

-La protagonista, como mujer moderna y liberada, puede permitirse rechazar a todo aquel pretendiente que esté únicamente al acecho y que la codicie como un trofeo. Estos posibles aspirantes al matrimonio aparecen simbolizados como perros con las orejas y los rabos tiesos, a la espera de ver qué cazan.

-El hombre sigue aferrado a las costumbres y a la moral, lo que provoca el enfado de la nueva mujer, que se ríe de este hombre tradicional. Sāmiya abandona a su amigo, porque al cabo de cinco años se atreve a pedirle que le permita tocarle la mano. Y ella con un toque de humor, ironía y enfado advierte que, para que se la coja, necesitaría cincuenta años y otros quinientos, para tocarle las rodillas. En este cuento, además, el concepto que el hombre tiene del matrimonio aún está ligado a la procreación. El joven que Sāmiya conocerá en el autobús le pregunta cuántas camas hay en su casa, a lo que ella responde que una. E inmediatamente él asegura: "-Nos bastará a nosotros dos y también a uno o dos niños".

-El miedo masculino al compromiso. De este joven que ha conocido en un autobús sabemos que está en paro y procede de un barrio popular y tradicional. Cuando ella le habla de matrimonio, él pone diversas excusas: primero le responde que habrá boda después de un período formal de noviazgo, siguiendo la práctica habitual; luego, le expone el problema de la vivienda; más adelante, se levanta para bajarse del autobús ("¿Es como si tuvieras la intención de huir asustado?"), pero sin éxito. Para este joven en paro, la insistencia y el acoso de ella para casarse le hacen sentir el matrimonio como un nuevo y penoso trabajo que está dispuesto a endosar a alguno de sus amigos.

-No obstante, hay que advertir que el comportamiento de la mujer aún adolece de cierto apego a la tradición. Su mente liberada sigue atada a las cadenas de la moral. La protagonista necesita amar a un hombre que la quiera, que le dé una estabilidad emocional y que la satisfaga sexualmente. Sin embargo, es incapaz de acostarse con un hombre sin el compromiso en firme del matrimonio. Por tanto, en su desesperación, el fin que persigue es el de encontrar al primero que quiera casarse con ella ("aun si fuera uno de esos sarnosos perros de la calle"). Esta mujer de transición busca sexo, pero todavía dentro de un marco "legal" y bien visto por la sociedad. Sólo así cede a la carne. Sāmiya encuentra a un joven cualquiera en un autobús y, sólo cuando cree estar segura de que se casaría con ella, pasa la noche junto a él.

Como conclusión podríamos afirmar que "Un hombre para una mujer única" supone un atisbo de evolución en una sociedad tradicional protagonizado por la mujer, una mujer activa, con iniciativa, con independencia, pero que se topa con los convencionalismos arraigados aún en su mente y en el sector más conservador de la sociedad, representado en el hombre. En fin, se trataría -como nos indica el título "*Raʿūl li-mra'a wāḥida*"- no sólo de una mujer que sufre la soledad y que busca un nuevo hombre hecho a su medida, sino también de una mujer, por el momento, única en su especie, pero que comienza a romper ataduras y deja abierta las puertas a otras... Una vez más, Zakariyyā Tāmīr consigue profundizar sutilmente en el alma femenina, utilizando en esta ocasión el espacio de la casa como síntoma de los sentimientos de la protagonista: su triste soledad, sin un hombre que le haga gozar, le hace sentir "que su casa de gran amplitud había disminuido y llegaba a ser asfixiante"; por contra, su felicidad por sentirse realizada al lado de un hombre que le proporciona placer le sorprende "al reparar que su casa era más grande de lo que creía y que podía servir para que docenas de niños fueran felices en ella".

* * *

UN HOMBRE PARA UNA MUJER ÚNICA

(*"Raʿūl li-mra'a wāḥida"*, págs. 63-67)

Sāmiya Diyūb lanzó el libro que estaba leyendo a la entrada de su alcoba, apagó la lámpara que tenía cerca y abandonó la cabeza en la almohada con el deseo de dormir larga y profundamente. Mas siguió con los ojos abiertos, insomne y con una indignación no exenta de amargura. Era una joven hermosa, atractiva, seductora, fascinante y alegre; conversaba, y aumentaba su irresistible encanto, pues era instruida e inteligente; poseía unos fondos bancarios que había heredado a la muerte de su padre; tenía un coche envidiable y una casa abarrotada de muebles elegantes y caros. Pero cada vez que se encontraba con un hombre que le gustaba, se mostraba ante ella como un simple pececillo temeroso al que se le acercara una ballena para engullirlo y se escondiera de sus miradas sin previo aviso, como si fuera sal que se esparce sobre el mar.

Sāmiya no pudo dormir. Despuntó el sol de la mañana, y seguía con los ojos abiertos clavados tontamente en el techo de la habitación. Entonces juró, desgarrada por la ira y la precipitación, que acogería al primero que se le presentara pidiéndole el matrimonio, aunque fuera uno de esos sarnosos perros vagabundos de la calle. Miró a su alrededor y sintió que su casa de gran amplitud había disminuido y llegaba a ser asfixiante. Le pareció que un pequeño paseo al aire libre le aliviaría su aflicción y la ayudaría.

Apenas hubo salido de la puerta de su casa, cuando se vio rodeada de un gran número de perros con los rabos y las orejas tiesas. Cada perro ladraba

sosteniendo que él era el primero y que era digno de ser su único esposo. Sāmiya gritó a los perros:

-Parecéis unos ilusos. Ya conocéis la primera parte juiciosa de mi juramento, pero no conocéis su segunda parte demente, en la que juré que la primera noche de mi matrimonio le echaría un mortífero veneno en la comida de mi esposo y le daría la peor muerte, un castigo por su lentitud en casarse conmigo.

Entonces los perros retrocedieron y dejaron de ladrar. Sāmiya les preguntó desafiante:

-¿Quién de vosotros aún desea casarse?

Los perros salieron huyendo. Sāmiya paseó por las calles con la cabeza altiva y aspiró un aire mezclado con la gasolina de los coches, la polvareda y el hedor de basura podrida. Siguió caminando hasta sentir cansancio y hambre. De pronto recordó que un amigo, que conocía desde hacía cinco años, le había llamado ese día para almorzar. Se dirigió al restaurante para encontrarse con que su amigo ya la estaba esperando. Almorzaron juntos. Sāmiya se dio cuenta de que su amigo estaba desconcertado. Le preguntó qué le pasaba, y le respondió con el rostro enrojecido que le iba a pedir algo que esperaba que no le molestara y le indujera a dejar de verle. Sāmiya sintió que las banderas negras que ondeaban sobre su vida estaban a punto de ser arriadas y quemadas.

-Pide lo que quieras -le dijo. No me enfadaré.

Le pidió, con voz tartamuda encorsetada por la vergüenza, que le permitiera tocarle la mano. Sāmiya perdió la cabeza:

-Te has atrevido a pedirme permiso para tocarme la mano -le dijo a su amigo-, después cinco años de conocernos y de amistad. ¡Necesitarás cincuenta años para pedirme que me cojas la mano y quinientos años para pedirme que me toques las rodillas!

Sāmiya Diyūb abandonó el restaurante, mientras la furia soplaba impetuosamente en su interior. Vio un autobús parado al que subían los pasajeros. Se apresuró en subir y sentarse en uno de sus asientos. Estalló una discusión entre el cobrador del autobús y un pasajero joven que le dio un billete grande para que se cobrara el precio del billete. El cobrador se negó a cogerlo, hizo parar el autobús y le pidió al joven esbelto que bajara sin dilación. Pero el joven siguió quieto en su sitio obstinadamente. Sāmiya pagó al cobrador el precio del billete de la controversia. El joven se lo agradeció; se sentó a su lado y volvió a darle las gracias hasta cansarla. Pero a ella le gustaron sus ojos, pues eran al mismo tiempo los ojos de un hombre capaz de matar y los ojos de un niño ingenuo y alegre. Su pelo era oscuro, espeso y liso como la cola de un caballo, con un rostro al que podía estar mirando día y noche sin hastiarse. Y sería dos o tres años mayor que ella.

-Deja de darme las gracias -le dijo ella, sonriendo astutamente-, o de lo contrario te encontrarás a ti mismo pidiéndome en matrimonio para expresar tu agradecimiento.

El joven la sorprendió al responderle con entusiasmo y pasión:

-¡Ojalá me dieras un beso!

Sāmiya recordó su juramento de la mañana y le preguntó riéndose:

-¿Y cómo quieres casarte conmigo si ni tú ni yo nos conocemos?

-Yo siempre decía -le respondió, tomándole la mano automáticamente como si fueran dos amigos de hacía mil años- que no me casaría sino con una mujer que al mirarme me hiciera sentir un miedo continuo, salvo cuando sonriera.

-Y aquí estoy yo, mirándote. ¿Sientes miedo?

-Tengo tanto miedo que desearía esconderme bajo la manta.

-¿Cuándo nos casamos?

-Al final de la relación formal para casarse.

-¿Cuándo? ¿Dentro de un año? ¿De diez?

-No me he casado ni una sola vez en mi vida. Creo que termina al cabo de unos pocos años.

-O me caso hoy, o no habrá boda.

-Tú conoces la crisis de viviendas.

-Tengo una casa grande y amplia, suficiente para diez familias.

El joven sonrió y le soltó la mano, la cual sintió una oculta desolación. El joven se apresuró a ponerse de pie preparado para bajar del autobús.

-¿Por qué te has puesto de pie? -le preguntó Sāmiya-. ¿Es como si tuvieras la intención de huir asustado?

-Corramos inmediatamente a tu casa. No hay motivo para perder el tiempo.

Cuando se acercaban a la casa, el joven le preguntó con curiosidad:

-¿Cuántas camas hay en tu gran casa?

-Sólo una.

-Nos bastará a nosotros dos y también a uno o dos niños.

-Mi nombre es Sāmiya. ¿Cómo te llamas?

-Ṭāriq ibn Ziyād.

-Tu nombre verdadero.

-Ṭāriq al-Mar'ī, y tú te convertirás en Sāmiya al-Mar'ī.

-¿Dónde vives?

-Con mi familia en el barrio Quwayq.

-Es la primera vez que oigo este barrio.

-¡Dios me proteja! No te equivoques. Este es un barrio muy conocido, pero el nacido en pisos no lo conoce.

-¿En qué trabajas?

-Estoy en paro desde hace un año, y busco a diario un trabajo sin éxito.

Sāmiya Diyūb sonrió enigmáticamente. Al llegar a la casa, Ṭāriq al-Mar'ī se encontró con un nuevo trabajo que no merecía ser descrito por lo penoso. Sāmiya se despertó por la mañana sorprendida al reparar que su casa era más grande de lo que creía y que podía servir para que docenas de niños fueran felices en ella. Durante el desayuno, Sāmiya no paró de hablar con alegría, mientras que Ṭāriq comía en silencio pasando revista a los nombres de sus amigos del barrio y seleccionando el apropiado para invocar la carne de una mujer hermosa, después de pagar un precio nada caro.